

LA CARCAJADA.

PUNTOS DE SUSCRICION:

BARCELONA
LITOGRAFIA DE JUAN VAZQUEZ.
RESTO DE ESPAÑA
PRINCIPALES LIBRERIAS.

CORRESPONDENCIA

Á D. JUAN VAZQUEZ,
Rambla del Centro, número 31, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION:

ESPAÑA.—16 REALES CADA 12 NÚMEROS.
NÚMEROS SUELTOS 2 REALES.
ULTRAMAR
24 NÚMEROS 50 REALES.

LA TRAICION DE JUDAS.

«Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fué á los príncipes de los sacerdotes»

•Y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os le entregaré? Y ellos le señalaron treinta piezas de plata»

•Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle.»

(S. Mateo c. XXVI. v. 14, 15, 16.)

¿Quién es el Cristo?—El pueblo.

¿Quién es el Judas?—El último pugilato parlamentario os lo señala.

Yo, me obstengo y considero como los filósofos estóicos, avergonzado del escándalo.

Pero mi imaginacion vuela, á mi pesar, en alas de grandes recuerdos, y me traslada á otros tiempos que en vano queria olvidar por que no me fuesen tan sensibles los actuales.

¡Feliz don Práxedes que los ha olvidado!

Ya no conserva su memoria reminiscencia ninguna de aquellas célebres cartas á Isabel de Borbon, publicadas en la revolucionaria *Iberia*, y escritas con tinta tan diferente de la que hoy emplea en sus decretos y famosas circulares.

Ya no se acuerda de aquellas reuniones de Bruselas y de Ostende.

Ni de aquellos discursos de matices tan pronunciados.

Ni de las otras travesuras de color tan subido.

De nada.

El turrón embota seguramente las facultades intelectuales como el opio.

¡Feliz don Práxedes que lo olvida de todo, porque todo en él se-gasta!...

Se-gasta la consecuencia.

Se-gasta la legalidad.

Se-gasta la justicia.

Se-gasta la moralidad.

Se-gasta el sentimiento cívico.

Todo, en fin, en don Práxedes se-gasta.

Sólo se conserva en don Práxedes, por don Práxedes, y para don Práxedes, el orden de la *porra* y otras menudencias por el estilo, merced á su *indiosincrasia*, vulgo, *irascibilidad*, y mas vulgo, *rabia*.

¡No salgais de vuestras tumbas, sombras de Calvo Asensio y de Carlos Rubio, si no queréis veros profanadas!

Ni vosotros tampoco, augustos manes de Gravina y Méndez Nuñez, vosotros tampoco intentéis abandonar la paz del sepulcro para venir á presenciar los heroicos hechos del moderno Drake español!

Esperad á que vaya á pedir os perdon por sus culpas y pecados, si antes no osan interrumpir vuestro descanso los gritos del *narangero* en demanda de sus millones ó del cumplimiento del compromiso de Cádiz;

Dejadle, sí, dejadle que dé nuevos dias de gloria á su patria sacrificándose en conservar la productiva cartera, y permitid que acabe de honrarlos.

«Cosas tenedes, el Cid,
Que farán hablar las piedras»

Y las cosas del Cid á que se referia el romancero, eran grano de anís comparadas con las del Neptuno de la *descomposicion* de 1868, de la que Dios nos libre antes con antes.

¿Qué diria, pues, el romancero, no sólo del tal Neptuno, si que de todos estos héroes de los calamares?

¡Lástima que no se anticiparan á ver la luz del dia durante el imperio del gastronómico Heliogábalo!

Hubiesen siquiera honrado al famélico emperador que tampoco tenia tesoros bastantes para saciar su voracidad.

Y aquí está el *butilis*, en la voracidad de los unos y los godos, cómicos y danzantes, que aquellos quieren la breva y estos no quieren soltarla.

¡Dichosa manzana de la discordia! ¡Suculento y refocilador presupuesto que tan mareados nos traes á todos! á los de arriba, por devorarte; y á los de abajo porque eres hueso de sus huesos y carne de su carne.

Pues el sudor de la frente de estos desdichados se riega; el penoso aliento de sus fatigas se orea; su amor patrio se nutre y tú, ingrato, sólo sirves para engordar toisonos, encrespar toupés, reproducir escenas por el estilo de la que ha tenido la estravagancia de bosquejar nuestro *Cham*, y engendrar nuevos macabeos, facilitando á porrillo las *treinta piezas de plata*.

¿Quién es el Judas?—respondan los de arriba.

¿Quién es el Cristo?—contesten los de abajo.

JUAN.

EL JUEGO.

Vamos á ocuparnos de un asunto, para el cual nos es necesario abandonar nuestro humor festivo, porque atañe directamente á la moral pública y al reposo de muchas familias.

Nos referimos á los juegos de azar.

Entre todos los vicios que pueden reinar en un pueblo, no hay uno de más fatales y funestas consecuencias que el juego. El que tiene la desgracia de ser dominado por esta pasion, llega á perder el amor al trabajo, rompe todos los vínculos que le unen con la sociedad y hasta el mismo natural cariño de su familia. Sobre el tapete se embrutece los sentidos de tal suerte, que poco le importa, al que tiene fija su atencion en la carta que viene, el que le digan que su casa se está quemando ó que uno de sus hijos se halla en un grave peligro.

¡Cuántos patrimonios ganados á fuerza de sudores se han disipado en el juego! ¡Cuántas familias que podian haber vivido rodeadas de comodidades se han visto en la triste necesidad de implorar un pedazo de pan de puerta en puerta, porque uno de sus individuos derrochó su fortuna sobre el fatal tapete!

Por esta razon los Gobiernos verdaderamente paternales, los que al subir al poder han comprendido que su mision en tan elevados puestos no era la de enriquecerse y rodearse de fausto y de grandeza, sino la de mirar por los intereses del país, la de proteger el trabajo y la industria, desterrar los vicios y hacer que reine la moralidad, dictan toda clase de medidas á fin de evitar en lo posible el juego, castigando con crecidas multas á los que en él son sorprendidos. ¿Sucede esto en España? En ninguna época creemos se ha jugado más públicamente y con más descaro que en el dia.

Vamos á concretarnos tan solamente á Barcelona.

Nadie ignora que hay multitud de casas de juego, y que en muchos establecimientos públicos se ha establecido el *quinto* que insensiblemente, al par que enriquece á los *industriales* que lo sostienen, va arruinando á la multitud de aficionados que acuden cada dia en busca de una soñada ganancia. En esos garitos, el jornalero que ha estado trabajando toda la semana, deja el sábado ó el domingo la mayor parte de su jornal, sumiendo en la miseria y haciendo pasar hambre á su mujer é hijos, que para alimentarse esperaban aquel fruto del trabajo. Allí, muchos jóvenes incautos, sostenidos por sus padres en la capital á fuerza de sacrificios para que hagan una carrera, ven desaparecer de sus manos el dinero que habian recibido para pagar su pupilaje y atender á otras necesidades, y

venden sus libros, y adquieren deudas, y pierden el gusto al estudio, y se ponen en carrera hasta de hacerse criminales. Y estas escenas han dado ocasion más de una vez á horribles suicidios.

Lamentándonos nosotros de que en nuestra culta ciudad se toleren por las autoridades esos permanentes focos de corrupcion, se nos ha dicho, no sabemos si con verdad, que tales casas pagan una especie de contribucion con la que se atiende en parte al sostenimiento de las casas de expósitos y maternidad.

No haremos un cálculo de lo que puede producir cada dia la contribucion del juego, pero protestamos, y con nosotros protestarán todos los hombres honrados, de que bajo el pretexto de caridad se consienta el vicio. Lo que por naturaleza es malo, no debe tolerarse aunque produzca algo bueno, y en el caso de que nos ocupamos es de mas peso el mal que produce que el bien que reporta. Es una verdad que Barcelona es una de las capitales de España donde mas se ejercita la caridad, y estamos ciertos de que sin necesidad de recurrir á medios tan inmorales como el juego, se atenderia á las necesidades de dichas casas de beneficencia como se ha atendido siempre.

Ni se crea que con esta protesta queremos atentar contra la libertad de los individuos, pues creemos que una cosa es la libertad y otra el libertinaje.

Al ver la impunidad en que quedan los crímenes que cada dia se repiten y el fomento que toman los vicios públicos, no podemos menos de exclamar: ¡Viva la España con honra!

Yo.

Risa me causa, Amadeo,
y no te asombre mi risa,
estar viendo el zarandeo
que arma tanto corifeo
por dejarnos sin camisa.

¿Qué haces tú, santo varon,
que paz entre ellos no pones,
al ver tanta disension?
Nada: tocar el violon,
ó hartarte de macarrones.

Deja, pues, y no te asombre,
que me ria á mi albedrío;
pues te juro, por mi nombre,
que yo soy un hombre, tan hombre,
que cuando lloro no rio.

Y si rio, es porque en sério
no he de tomar, á fé mia,
lo que segun mi criterio,
solo merece el dicitario
de grotesca algarabía.

Y rio del pelagatos
que ayer iba sin calzones,
y hoy porque lleva zapatos,
se ha dado á tan malos tratos,
que nos trata á trompicones.

Y rio del que ayer era
el partidario mas rudo
de la justicia severa,
y hoy que ha cambiado de esfera,
quiere la ley del embudo.

Y rio del partidario
un tiempo de economías,
y deja exhausto el erario,
y el sistema tributario
resucita de otros dias.

¡Y algunos pretenderán
que uno refrene la risa!..
¿Quién le pone ¡voto á San!
con tanto y tanto desman
al reir hoy cortapisa?



La traicion de Júdeas.

¿No te causa, dí, rubor
el ver tantos camaleones,
llevándote sin pudor,
á una situación peor,
que aquella de los Borbones?

¡Demócrata sin segundo,
para un gran pueblo nacido!
ante cuadro tan inundo,
frunce tu ceño iracundo,
y prueba á lo que has venido...

Pero tate: que la risa
no quiero trocar en llanto,
si la verdad pura y lisa,
de buen español á guisa,
en buen castellano canto.

Y nó otra cosa, por cierto,
merece ese cachibache
en que con tan pobre acierto
nos ha metido el ingerto
del gran motin de Esquilache.

Riamos; aunque deprisá
todos vayamos en tanto
quedándonos sin camisa:
hay, según se dice, risa,
que consuela mas que el llanto.

Tú, si no quieres reir,
puedes llorar, Amadeo;
pero te debo advertir,
que te prepares á huir
con prevención, y *laus deo*.

JUAN.

SONRISAS.

La Bomba, periódico calamar que se publica en esta capital, tiene la humorada de ocuparse de LA CARCAJADA, de la graciosísima manera que van á ver nuestros lectores:

«Se fué *La Flaca*, yo bien sé por qué.
Hay iras que el *conquibus* las aplaca.
Huyó para engordar la pobre *Flaca*
y *Angel* dijo á José:—«Señor José:
ocasion es de hacer la gran jugada,
pues algo ha habido en mí siempre de Momo,
A vivir otra vez.»

—«¿Sí? ¿Cómo? ¿Cómo?

—«Con una *Carcajada*.»

Manolo es ese, lector; ese. ¡*Ecce-homo!*»

Prescindiendo de la literatura progresista que destaca en los anteriores versos, podemos decir muy alto que el propietario que fué de *La Flaca* y hoy lo es de LA CARCAJADA, no se vende por ningún precio, ni tiene, ni quiere, ni aceptaría subvención de nadie. Publicó el primer periódico porque fué su libérrima voluntad y por la misma causa publica el segundo. Comprendemos que nuestro periódico haya producido algunas cosquillas á *La Bomba*; pero LA CARCAJADA, continuará tranquila la misión que se ha propuesto de quitar la máscara á los farsantes políticos que apoderados hoy de los destinos de esta pacientísima nación, incurrir y aun con exceso en los mismos vicios que se propusieron destruir para siempre al sacar la honra de España de las aguas de la isla gaditana. Injúrienos cuanto le plazca *La Bomba*, en la seguridad de que LA CARCAJADA seguirá empleando el lápiz y la pluma, en ridiculizar á los que no tienen otro patriotismo que el presupuesto, ni mas aspiraciones que el poder. Cuando reine la legalidad y la justicia, cuando de las altas esferas de los dioses del Olimpo descienda á los pueblos la tranquilidad, el orden, la protección al trabajo y sobre todo la moralidad pública, LA CARCAJADA habrá terminado su misión. Nos basta con el aprecio de los verdaderos patriotas. Con que véngase V. con versitos, que no le faltará contestación.

El telégrafo nos ha comunicado uno de estos días la importantísima noticia siguiente:—«Corre el rumor de que el señor Rivero trata de pasarse á los republicanos.» ¡Bravo, señor Rivero! ¡Bravísimo! V. E. es hombre que lo entiende. Cuando vió que no podía medrar con los del gorro frigio, se hizo monárquico y llegó á pescar una carterita. Hoy vé V. E. que no piensan en llamarle nuevamente al poder, y dá un

cuarto de conversión hácia la república. ¡Es decir que ahora dirigirá V. E. sus tiros contra la obra de los 191! Hombre, si me gusta V. E. es por lo consecuente; pero V. E. dirá: «Dame vino, digo, dame pan y llámame tonto.»

—Buenos días, caballero.

—Venga V. con Dios: ¿qué tenía V. que mandar?

—Yo le diré á V. Creo que no vengo equivocada. El diario dice: «calle de San Pablo, 24, 1.»

—Ya comprendo. V. viene para inscribirse en la nueva industria.

—Sí señor; he leído que «para una industria muy decente se necesitan muchachas de 15 á 25 años, de mucha honradez y confianza; advirtiéndose que su salario diario será de 60 reales arriba.» Con que si V. me hace el favor de darme explicaciones...

—Mire V.: lo primero que ha de hacer es dar una peseta por el asiento.

—¿Por el asiento? Pues mire V. si hubiera sabido que el sentarme me había de costar cuatro reales, mejor me hubiera ido á gastarlos á Talía que por ese precio me dan entrada y asiento y cerca de cuatro horas de función.

—Señora, V. no me ha entendido. Los cuatro reales no son por el asiento que está V. ocupando, sino por sentar su nombre en el libro de pretendientas.

—¡*Misté que Dios!* y por qué no se explicó V. mas claro. Vaya, ahí va la peseta. Ahora dígame V. qué he de hacer para ganar esos sesenta reales diarios. ¡No sé con ese dinero si voy á causar envidia!

—Vamos por partes. Hay que apuntar su nombre de V., los de sus padres y la naturaleza.

—Pues vaya V. poniendo: me llamo Cándida Nomena, hija de Pedro y de María Lista y soy natural de mi pueblo. Con que vamos, que estoy impaciente por saber qué industria es esa que me va á dar tres duros diarios.

—Tres duros es lo mínimo: habrá días de ochenta, y cien reales y hasta de diez y seis duros. La ocupación es muy sencilla. No tiene V. mas que estar sentada en un sofá esperando el turno.

—Oiga V. ¿y para qué es ese turno?

—Ya lo sabrá V. á su tiempo. Antes tiene que recomendarla á V. el médico; pero no tenga V. cuidado que no tiene que tocarla, con verla á V. es suficiente, porque hace falta que certifique que está V. sana y que tiene buenas formas. Despues ha de depositar cien duros.

—Pero, dígame V. ¿Para qué es ese reconocimiento? ¿Vamos á hacer cuadros vivos?

—Le digo á V. que ya lo sabrá á su tiempo, y que la industria no puede ser mas honesta y decente.

—Pues le digo á V. que á mí no me pesca los cien duros, porque ya sabe V. mi apellido, y lo que siento es la peseta que le he dado. Quede V. con Dios, que no quiero industria de sofá.

Histórico.

¿No valdria la pena de que el Gobernador de la Provincia se informase de este negocio, por si es de los de la *España con honra*?

¡Moralidad! Según leemos en un colega de Zaragoza, tan solo en el mes de diciembre del año último, se han incoado en la Audiencia de Valencia 300 causas y de estas la mayor parte de robos y asesinatos. Pues, señor, repito lo dicho. España se va convirtiendo en un presidio suelto. Entre tanto, Ruiz Zorrilla gritaba la otra tarde: «¡Radicales á defenderse!» Pues vean Vds., yo creo que la España entera, debía defenderse de todos los ambiciosos que han arrastrado á la nación al lamentable estado en que se encuentra. Ya no tenemos seguridad ni aun dentro de nuestra misma casa, y al paso que vamos, solo nos van á quedar los derechos individuales. ¡Pero qué mas necesitamos!

Uno de los gritos que resonaron por nuestras calles el día de la Revolución, fué el de ¡abajo los consumos! Como en efecto, no puede concebirse una contribución mas odiosa, su supresión llenó de gozo al pueblo. Nuestra autoridad municipal, fiel guardadora de las conquistas revolucionarias, ha restablecido dicho impuesto, dejando con un palmo de narices á los que se divirtieron en hacer una hoguera con las casillas destinadas á la recaudación.

—Dígame V., me preguntaba ayer un campesino obligado á pagar unos cuantos reales por ciertos artículos: ¿Para qué se hizo la revolución?

—Hombre, le contesté, para echar abajo todo lo existente, concluir con los abusos y que empezara el reinado de la moralidad.

—Pues mire V., me replicó, yo no entiendo de política, ni siquiera se leer, pero si hemos de tener consumos como antes, y quintas, y palos para hacer las elecciones, y mudanza de ministros cada día, y no ha de haber un cuarto, siendo necesario agoviar cada día mas al país, yo creo que no valía la pena de haber derribado un trono, ni haber trastornado la nación, ni haber causado tantos motines en los que se han sacrificado no pocos ciudadanos.

—Verdad es lo que V. dice, le contesté: pero tenga V. por seguro que esto no durará mucho, y que el día que caiga el gobierno progresista no vuelve á levantarlo ni la Paz y Caridad. La ignominia cubrirá su sepulcro, y la historia de su triste dominación será bastante elocuente para impedir una resurrección.

Ya han visto Vds. que las Cortes han sido disueltas á los dos días de su apertura, y que empiezan á crearse aquellos obstáculos tradicionales contra los cuales tanto clamaron los mismos que hoy empiezan á fomentarlos.

A la comida de Palacio, el viernes último, los seis ex-ministros radicales señores Rivero, Ruiz Zorrilla, Martos, Moret, Becerra y Echegaray que estaban invitados, escusaron su asistencia por enfermedad, lo que parece ha sentado muy mal en altas regiones. ¡Progresistas y renunciar á su bello ideal que es comer! Esto hace presagiar terribles tempestades.

Yo.

¡OJO BIBLIÓFILOS! — En la administración de *La Carcajada*, Rambla del Centro, núm. 31, litografía de Vazquez, se hallan de venta ejemplares del tomo de *La Flaca*, bonitamente encuadernados, al precio 150 reales uno. Las magníficas y preciosas láminas que le ilustran á varias tintas y colores, hacen que forme un lujoso album digno de figurar así en la biblioteca del hombre de estudios como en la mesa del trabajador. Todos encontrarán en esta obra asuntos y objetos de distracción y recreo. Quedan pocos ejemplares.

La redacción de *La Carcajada* ha sido honrada con la visita de los periódicos siguientes:

La Igualdad, *El Cascabel* y *La Independencia*, de Madrid.

El Correo de Andalucía, de Málaga.

El Aguijón, de Murcia.

El Federal, de Jaén.

A todos estos estimados colegas les remitimos nuestro periódico, deseándoles prosperidad en sus empresas.

CHARADA.

Cantaavecilla parlara
En un ramo sostenida,
Y si atisba el arma artera,
Debe, huyendo, á mi primera
Y mi segunda la vida.

En tanto un triste amador
Llorando se desespera,
Porque á sus ruegos, su amor
Contesta con mi tercera.

Del amo á los piés tendido
Yace mi todo, esperando
Lo que le vaya mandando
Con un gesto ó un silbido.

BARCELONA:

Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, callejón entre los números 21 y 23.